

En acción de justicia a Tomás Carrasquilla

Carlos García Prada

Cuando se lee sin prejuicios

y se saborea a espacio la obra literaria de Tomás Carrasquilla, salta inevitable la pregunta de sorpresa: ¿por qué no se conocerán bien y en todas partes las creaciones de este “náufrago del Siglo de Oro”, que cuenta en nuestra propia lengua las aventuras legendarias de la raza y sus percances ciertos y sus triunfos y caídas, y expresa con lealtad y arte ejemplares sus sentimientos y modos de ser más permanentes y característicos?

En el mundo hispánico de aquende y de allende el mar, pocos prosistas contemporáneos igualan a Carrasquilla, y poquísimos llegan a superarlo, ni como creador de personajes vivos e interesantes, ni como descriptor de costumbres y de paisajes reales, ni muchísimo menos como hablista fiel al pueblo y a sus puras y legítimas tradiciones. El autor de *La Marquesa de Yolombó* es el primer novelista nacional de Hispanoamérica, y sin embargo, su nombre apenas si se menciona en las flamantes

historias de su literatura, en las cuales debería ocupar muy alto puesto por haberle dado más de tres obras maestras de estilo y de análisis psicológico y sociológico, firmes sillares de una gloriosa labor novelística, leal y desinteresada, que comenzó a fines del siglo XIX con el cuento intitulado “Simón el mago” y continuó sin interrupciones hasta culminar en *Hace tiempos...*, ese tríptico asombroso de unas mil páginas que don Tomás les dictó a peñolistas inexpertos —cuando ya estaba ciego, tullido y en los linderos de los ochenta años—, y con el cual ganó en 1935 el Premio Nacional de Literatura, por sus grandes méritos artísticos, y por encerrar las esencias vitales de uno de los pueblos más recios, castizos y prometedores de Hispanoamérica.

¿Por qué será tan injusta y parsimoniosa con él, como hasta aquí, la crítica literaria del continente?

Dicen algunos que la obra de Carrasquilla es demasiado local para ganarle amigos y admiradores fuera de Antioquia, la región colombiana donde nació y vivió, cuyas tierras

y gentes aparecen en aquélla con “parroquiana” y fiera exclusividad... Mas el argumento carece de validez, ya que, si la tuviera, se les podría aplicar a otros grandes escritores de lengua castellana como a Pereda, y Güiraldes, y aun al mismísimo Cervantes, en quien lo local logró supremo valor de humana universalidad. Otra será la causa oculta de la injusticia que se le hace a Carrasquilla, señero novelista insobornable, en quien el costumbrismo hispánico moderno hubo de redimirse y ennoblecerse por obra y gracia de su espíritu.

En la América hispana, así como en España, el costumbrismo fue por muchos años algo meramente decorativo y colorista, superficial y rastrero más que elevado y profundo. Por dondequiera buscó el rasgo humano de tipismo sin carácter, el matiz local, el habla vernácula y el gracejo inofensivo, y con ello se contentó, convertido irremediabilmente en un género subliterario trivial, ameno y pintoresco, a veces animado por anhelos de propaganda política o religiosa... No así con Carrasquilla, a quien hay que considerar como el epígono del costumbrismo hispánico, pues en él tales elementos, al surgir de su propia profundidad vital —sangre, tradición y medio ambiente espacial y temporal—, adquieren vigor y brillo inusitados, y se transforman en valores literarios, en frutos de peculiarísimo gusto estético.

Numerosos son los títulos que comprende la producción literaria de Carrasquilla: bocetos y cuentos como “El Padre Casafús”, “El Zarco”, “En la diestra de Dios Padre”, “¡Salve Regina!” —su preferido— y otros más, y novelas de aliento como *Entrañas de niño*, *Grandeza*, *Maizópolis*, *Frutos de mi tierra*, *La Marquesa de Yolombó* y *Hace tiempos...* De tan vasta producción se destacan las tres últimas.

Frutos de mi tierra (1896) es la más popular de sus novelas y la más conocida fuera de Colombia. Es una crónica recia y jugosa de la vida antioqueña, y a pesar de su índole fragmentaria, constituye el pedestal en que para muchos descansa la fama de Carrasquilla.

La Marquesa de Yolombó (1928) —meticulosa y formidable reconstrucción de la vida colonial— es una novela casi desconocida fuera de Colombia, y muy injustamente, pues bien puede hombrearse con *La gloria de don Ramiro* del insigne Rodríguez Larreta, con la ventaja de ser de ambiente americano. Ciertamente es que esta novela resulta a veces pesada y aun soporífera, por lo prolijo del relato y de las descripciones... En cambio, encierra cuadros de verismo deslumbrador, escenas preciosas, convincentes, y estudios magistrales de caracteres que resaltan con firmeza y nitidez, como si hubiesen sido tallados en piedra berroqueña: tal así es doña Bárbara Caballero,

prototipo de la mujer fuerte, emprendedora, tenaz y dadivosa, capaz de fundar pueblos y estirpes y de darle brillo y dignidad a cuanto tocan su viva inteligencia y la bondad ingénita de su proceder hidalgo y generoso. Pocos personajes hay en la literatura hispanoamericana tan atrayentes como ella.

Y Hace tiempos... (1935-1936) —“esquema, silueta, o como se diga”, según las propias palabras del autor, que era riguroso y sarcástico aun consigo mismo—, es una obra completa y sustanciosa, de esmerada e intachable composición, escrita con una fidelidad, una frescura y una precisión increíbles. En sus tres libros (Por aguas y pedrejones, Por cumbres y cañadas y Del campo a la ciudad) desfilan, perduran y cautivan las memorias de un tal Eloy Gamboa, y en ellas la vida de la Antioquia de hace ochenta y pico de años, esa Antioquia empujadora, optimista, audaz, abigarrada y contradictoria —tan profundamente humana, y tan americana—donde los altivos descendientes de los conquistadores y colonos venidos de las montañas norteñas de España han vivido y trabajado en trato diario y democrático con indios y negros, mestizos y zambos y mulatos. Más que en otras, se acerca Carrasquilla en esta novela a la entraña misma del pueblo humilde y trabajador, y bebe en el manantial profundo de su vida esencial, que pinta en los doscientos y tantos personajes allí presentes, y que expresa en ese lenguaje suyo incomparable, suntuoso y variado como el que

más, lleno de propiedad y exactitud, y libre de extranjerismos de modas pasajeras y de claudicaciones e imitaciones decadentes, locas, o ciegas y cobardes... El habla misma del pueblo, enriquecida por la observación y el estudio, es la que oímos en labios de Carrasquilla.

Se ha dicho también que, en ocasiones, se hace “incomprensible” el regionalismo idiomático que caracteriza novelas del gran antioqueño, y que por lo mismo permanecerán ellas dentro de los “estrechos” límites de la provincia que les dio ser y vida y virtualidad. Entendámonos. ¿Para quiénes será incomprensible ese regionalismo idiomático?... De seguro que no para quienes comprenden la lengua castellana, tal y como la usaron los clásicos de ayer y la usan hoy los pueblos raizales y castizos tanto de España, como de México y Guatemala, de Venezuela y de Colombia, de Chile y el Uruguay, del Perú y de las provincias no contaminadas aún por elementos lingüísticos extraños al genio mismo de la raza.

Carrasquilla escribió no sólo acerca del pueblo, sino para el pueblo. Ajeno a caprichos literarios del momento, y a toda orientación política incompatible con el arte puro, creó él sus obras para que las entiendan y gusten las mismas gentes que las inspiraron, que no para impresionar a los letrados que presumen de conducir a las masas populares sin vivir con ellas ni para ellas, o escriben lo que ellas

jamás pueden entender... A Carrasquilla lo habrán de comprender siempre quienes sepan leer o escuchar, y lo habrán de gustar siempre quienes sientan el fluir eterno de esa vida que tiene su lenguaje propio así en *La Celestina* y *El Quijote* como en *Martín Fierro*, *El Periquillo Sarniento*, *Don Segundo Sombra*, *Doña Bárbara*, *El gaucho florido* y *Las tradiciones peruanas*.

Carrasquilla fue el artista verdadero, que narra, describe e inventa por el solo placer íntimo de crear, dándoles vida y color a los seres que no los tienen; el artista sabio y consciente que analiza y selecciona los valores estéticos, dejando a un lado preocupaciones de orden moral, religioso, político y filosófico. Eternizar en el arte la realidad objetiva que, al pasar por el filtro de su espíritu, se carga de esencias personalísimas y encantadoras, y serle fiel a esa misma realidad, tales fueron su constante preocupación. Por eso cautiva y convence. Libre, honrado, sincero, desprevenido, altivo y fuerte es su arte de novelador. Por eso merece estudiarse, apreciarse y difundirse. En acción de justicia aquí lo proclamamos, con la esperanza de que se nos oiga en todos los ámbitos del mundo hispano, ahora que pasamos por una era de confusiones y claudicaciones lamentables.

Carlos García Prada, profesor, poeta, pintor y crítico literario colombiano publicó este artículo en *La nueva democracia* (Nueva

York, 1943); la presente versión fue extraída de *Estudios Hispanoamericanos* (México, Colegio de México, 1945, pp. 255-259).